

Guerra en clave morse*

Maryluz Botero

El telégrafo es por naturaleza el más delicado de los servicios públicos; es el sistema arterial del mundo para el cual no hay fronteras, por las líneas, los cables y las ondas hertzianas burlan las distancias con la misma rapidez del pensamiento...¹

En tiempos de la internet y de las TIC's, es difícil apreciar la inmensa importancia económica, social y humana que tuvo la aparición de la telegrafía electromagnética. La velocidad de antaño se verá como anecdótica, y el código Morse será un dinosaurio frente al monstruo cibernético del código binario. Sin embargo, la retrospectiva, la vuelta al pasado, el flash-back cinematográfico, permitirán reconocer las bases de un proceso de innovación técnica de los medios de comunicación, cuyos resultados más refinados hoy empieza a demostrar, paradójicamente, cuando la legendaria Western Union ha cerrado sus puertas y ha dejado de prestar sus servicios de telegramas, esos mensajes escuetos sin artículos y plagados de stop. Noticia sintomática del fin de una era.

Este artículo tendrá como protagonista al telégrafo primigenio, el de los postes de madera y los kilómetros y kilómetros de cables extendidos por los aires del territorio colombiano. Más específicamente, al telégrafo que agilizó las comunicaciones en tiempos de la guerra civil nacional de 1876, la primera en el país donde se utilizó esta técnica moderna.

El telégrafo llega a Colombia

Todavía en 1928 existía la fe positiva en los beneficios y las ventajas del telégrafo. Todavía a comienzos del siglo XX, cuando ya el teléfono de Bell era un aparato a disposición de la población, y las comunicaciones, de la mano del ferrocarril, habían sacado al país del aislamiento geográfico, el telégrafo inspiraba semejantes líneas. Y es que la historia de este medio de comunicación es el antecedente de las telecomunicaciones en

Colombia, una historia dividida en dos partes: el telégrafo electromagnético de la segunda mitad del siglo XIX, y el telégrafo inalámbrico de la primera mitad del siglo XX.

La llegada del telégrafo a Colombia se enmarca en la realización de los deseos progresistas de los liberales radicales. El desarrollo de la industria y el comercio en la segunda mitad del siglo XIX no hubiera sido posible si este revolucionario invento no hubiera venido a permitir comunicaciones fáciles, rápidas y económicas. Llegó a considerarse el más moderno e importante suceso del país en el siglo XIX. Todo comenzó en 1847, cuando el presidente Tomás Cipriano de Mosquera hizo sus gestiones en Inglaterra para instalar el telégrafo en el país. No obstante las buenas intenciones, hubo que esperar hasta 1865 para ver instalada la primera línea; las guerras sucesivas abortaban la modernización. Eran los tiempos de Manuel Murillo Toro, ferviente ideólogo del *Olimpo Radical*, a quien la historia recuerda por ser uno de los iniciadores de la era de los ferrocarriles, por fundar el primer banco comercial, por organizar la Universidad Nacional e impulsar las profesiones técnicas y las ciencias.

El 1 de noviembre de 1865, cuando en los Estados Unidos de Colombia había 2'794.473 habitantes y en New York 1'003.250, cuando regía la constitución de mayo de 1863, cuando un presidente, elegido por la mayoría de los Estados, gobernaba por dos años, cuando exportábamos oro, plata, platina, cobre, esmeraldas, tabaco... el técnico Guillermo Lee Stiles, discípulo de Morse, inauguró el telégrafo en el actual territorio colombiano² transmitiendo por primera vez un mensaje telegráfico en la historia de nuestras telecomunicaciones:

* Este trabajo es parte de la investigación sobre la historia del telégrafo en Colombia y su influencia en la configuración de mentalidades. Las fuentes empleadas son primarias y se encuentran en el Archivo Histórico de Antioquia y en la Sala hemerográfica de la Biblioteca Central de la Universidad. El estudio de la prensa comercial y oficial de ese entonces (segunda mitad del siglo XIX) se realizó mediante una recopilación y selección de los informes que contenían datos relativos al tema. Se complementó la búsqueda con una selección de aproximadamente 27 telegramas originales de la época, enviados por los ejércitos enfrentados.

PRIMER TELEGRAMA³

Telégrafo eléctrico colombiano
Cuatro Esquinas, 1 de noviembre de
1865 a las cinco de la tarde.

Al ciudadano presidente de los Estados
Unidos de Colombia.

El telégrafo eléctrico ha subido a los
Andes colombianos, y envía su primer
saludo al digno presidente de esta
república señor Manuel Murillo, que
tanto empeño ha mostrado por dotar
a este país con este progreso. Pueda la
paz cubrir con sus alas bienhechoras
toda la extensión de este hermoso país,
i darnos el aliento necesario para pro-
longar este alambre telegráfico, antes de
dos años, desde la altiplanicie del Funza
hasta las riberas del Atlántico.

Guillermo Lee Stiles, administrador

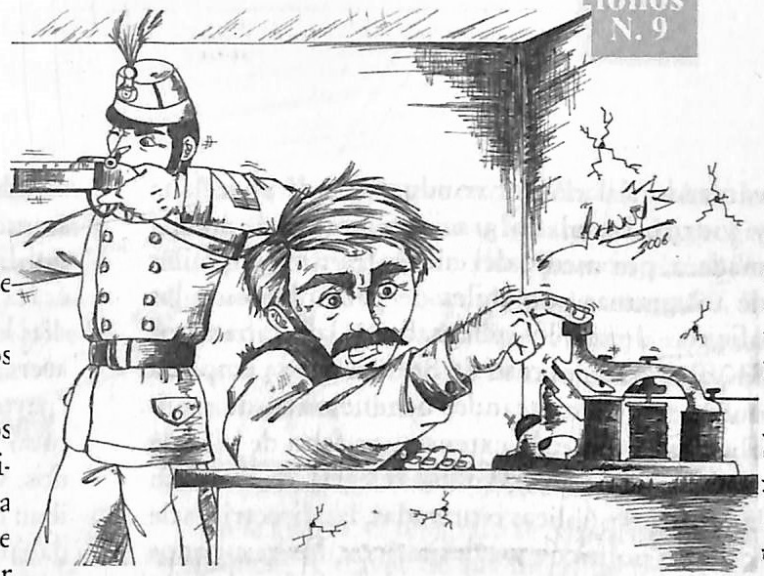


Ilustración Johnny Alexander Sánchez P.

RESPUESTA

El presidente de Colombia al señor
Stiles, constructor del telégrafo colom-
biano:

Gracias mui sinceras señor Stiles, com-
pañero i discípulo del inmortal Morse.
El nombre de usted será grabado con
buril eterno en los anales de nuestra
patria, como portador de uno de los
más grandes inventos del presente siglo.
Reciba usted mis congratulaciones por
el feliz éxito con que van coronándose
sus esfuerzos i los del gobierno--Paz a
los hombres de buena voluntad, i glo-
ria para los obreros de la civilización
cristiana.

Se recibía con beneplácito la noticia y se pro-
fetizaba con la máquina la llegada de nuevos y
prometedores tiempos. Nacía un nuevo lenguaje,
una nueva forma de decir y de comunicar. La má-
quina telegráfica de tinta de Bergnet cargada con
baterías Leclanché compuestas de hidróclorato de
amoníaco, bicromato de potasa y agua, funcionó
perfectamente. Ese mismo día se enviaron varios
mensajes desde Cuatro Esquinas (hoy Mosquera,
Cundinamarca) gracias al sistema que le costó
al Estado \$ 45.000 en oro americano. El hilo
galvanizado, encumbrado en la parte alta de los
postes, se extendía hasta Nare (Antioquia); esta
imagen provocaba el asombro de los labriegos
boquiabiertos que no alcanzaban a comprender el
sentido de esta bizarra iniciativa. Era el comienzo
de la instalación de un sistema de comunicación
determinante en la unificación de los mercados
y en el dinamismo de la vida cultural. *Escribir en*

distancia, ése era el significado de la telegrafía que,
desde Bogotá, irradió hacia todas las direcciones
andinas y caribeñas, y terminó formando una
especie de sistema nervioso. Paulatinamente, las
palabras “telégrafo” y “telegrama” empezaron
a constituir una realidad cotidiana. Ya no se
dependía de la buena voluntad del posta y de los
agentes de correo, tan limitados por el clima, la
geografía y hasta el cansancio físico; la espera
sería menos tediosa, el contacto más continuo,
la comunicación más permanente. Por esos alam-
bres que ahora decoraban el paisaje viajarían los
mensajes. Con un costo, eso sí, que en la época no
era alto, pues la intención del gobierno central era
poner a disposición de todos los pobladores este
sorprendente y útil sistema y popularizar su uso.
Por ejemplo, un despacho que no excedía las 12
palabras costaba 80 centavos, teniendo en cuenta
que por la dirección y la fecha no se cobraba un
centavo más; eran los mismos precios fijados en
los Estados Unidos del Norte.⁴

Por encargo del Estado, el ingeniero y famoso
fotógrafo colombiano, Demetrio Paredes, tendió
la primera red telegráfica nacional que unió al país
de norte (Costa Atlántica) a sur (Huila, Nariño y
Cauca), y de occidente (puerto de Buenaventura)
a oriente (ciudad de Cúcuta, en la frontera con
Venezuela). “Las tres primeras líneas se tendieron
hacia Medellín, Popayán y Cartagena. Posterior-
mente cubrieron el oriente hasta Cúcuta y se fue-
ron subdividiendo”,⁵ por iniciativa de los propios
Estados soberanos. Cada jurisdicción reglamenta-
ba el mantenimiento de las líneas, las funciones de
inspectores, cabos, guardas, carteros, el horario, el
aseo de las oficinas y el buen comportamiento de
los telegrafistas. Buscando mantener en actividad
la comunicación, se castigaba a los guardas de las
líneas que descuidaran sus funciones y olvidaran
el mantenimiento: “pagarán una multa de un peso
por cada día que dure la incomunicación en el
trayecto de que están encargados, a causa de daños
que hayan debido i debido repararse”.⁶

Líneas de telégrafo y líneas de ferrocarril se
complementaban; eran los ejes de la moderni-
zación del país. Millas de alambre de hierro gal-

vanizado aislado por conductores de porcelana y vidrio, instalado gracias a postes de buena madera, por medio del cual se transmitían miles de telegramas con miles de palabras desde las oficinas donde los telegrafistas laboraban por \$40 al mes, en el caso de Bolívar.⁷ Una empresa que le reportaba grandes beneficios a una república cada vez más extensa por falta de vías de comunicación. A través del telégrafo circulaban las noticias públicas o privadas, las directrices de los jefes políticos y eclesiásticos, los resultados electorales y las cotizaciones de las bolsas de Londres, París y New York. Fue tal el desarrollo de la red telegráfica, que en 1896, con más de 10.000 kilómetros de cable, se comunicaban casi todas las poblaciones de la República entre sí, y ésta con todos los países de Europa y América por medio del cable submarino. Fue por medio del telégrafo que el país se enteró del terremoto que sacudió a Cúcuta el 18 de mayo de 1875.

¡Qué es eso tan raro!

No obstante los beneficios del nuevo mecanismo, los comienzos de la telegrafía se cuentan como problemáticos. Los pobladores miraban con extrañeza los postes y los cables, en muchos casos, fuera por ocio o por resistencia, y sin dimensionar todavía la importancia de ese nuevo decorado artificial del paisaje, utilizaban los alambres para fabricar cercas y los postes para estacas, mientras que los aisladores servían como vasos para ingerir licor en las tiendas del camino. Los funcionarios del ramo llamaban al cuidado de las líneas tratando de impedir los daños que la travesura y la ignorancia pudieran provocar. A la acción de los saboteadores se sumó la de los rayos y otros fenómenos climáticos que destruían los cables y tumbaban los postes.

Caso anecdótico lo sucedido en el municipio de La Estrella, Antioquia. Esa localidad comenzó a disfrutar, en 1896, de una línea que pasaba por allí y que comunicaba a Itagüí con Caldas. Según un relato encontrado en la monografía de Gilberto Zapata Cuéncar, la instalación de una oficina telegráfica en ese “tranquilo pueblo” significó todo un acontecimiento. Elucubraban las gentes sobre el novedoso y sorprendente sistema. Un avance del progreso, una comodidad, para saber de los ausentes con especialidad de los de la arriería “que echaban pa’fuera en sus mulas”. Facilidad para dirigirse al Gobernador, al Presidente de la República, a los perlados y hasta al Papa. Un aparato para tener noticias frecuentes y seguras de la guerra con triunfos y derrotas. Se acabarían, entonces, las mentiras que se propagaban según el interés de los distintos grupos políticos, de gobiernistas y antigobiernistas. Había temores, por supuesto, como a los rayos que

en adelante caerían sobre la población por culpa de esos hilos que atraerían la electricidad de las nubes. ¿Y cómo será que funciona esa máquina?, era la pregunta recurrente que les robó por varios días los pensamientos a las gentes. Se conjeturaba acerca de la manera como salían y llegaban los “partes”. Pensaban unos que el alambre era un tubo por donde corrían “los papelitos” enrollados. Otros opinaban airosos que los “partes” se iban cabalgando sobre la línea. Los más avezados daban explicaciones más racionales que acudían a la física: todas las comunicaciones se hacen por medio de golpecitos que los telegrafistas dan en un aparato eléctrico, tales golpes iban y venían a merced de la electricidad. Quien no se dejó impresionar fue un cabildante. El honorable concejal se negaba a disponer una suma del erario público para invertirla en el alquiler del local para la oficina. Con sus argumentos arraigados en la lógica tradicional montañera, se negaba diciendo: “siempre hemos comido y bebido sin ese bejuco, pues ahora sigamos viviendo tranquilos sin esa novelería”. Consideraba que el tesoro estaba “muy jodido” y así pedía que se lo manifestaran al Gobernador en una carta.

Las relaciones sociales y las de comercio recibieron de este servicio un vigoroso impulso. Por tal motivo, el sistema se quiso implementar en cada uno de los nueve Estados soberanos, aprovechando esa línea transversal que unía a Facatativá, San Juan, Ambalema, Honda, Conejo, Nare y Bogotá. En *El Comercio* de San José de Cúcuta se invita a los comerciantes a dar el primer paso en “esta senda de verdadero progreso en el país”, instalando una línea de ensayo de San Antonio de Táchira a San José de Cúcuta. Para ello, buscan “suscriptores” con los cuales recolectar los \$800 que cuestan los materiales importados de EE.UU. Agregan en actitud desafiante a los lectores: “Ésta no es una quimera, es una cosa sumamente realizable... Ya que nuestras personas y nuestros efectos no pueden trasladarse de un punto a otro, es posible que siquiera las ideas anden al paso del siglo... vivimos más aislados no sólo del mundo entero, sino de nuestras poblaciones más vecinas, que la misma China i el Paraguay... con el esfuerzo de parte del gobierno y de los hombres sensatos principiaremos a andar; puesta en funcionamiento la máquina, es difícil contenerla”.⁸

En el caso de Antioquia, el 2 de octubre de 1865 se autorizó contratar el establecimiento de un telégrafo eléctrico que uniera a Nare con Medellín, gracias a las gestiones del presidente del estado Pedro Justo Berrío. Pero sólo hasta 1867 logró tenderse esa primera línea que pasó por Abejorral, Salamina y Rionegro, población, esta última, de donde se emitió el primer telegrama antioqueño. Siete años después, por medio de la ley

64 de 1874, es aprobado un auxilio del Congreso de \$10.000 para que unos distritos de Antioquia instalen el telégrafo: \$5.000 para la línea Medellín-San Jerónimo-Sopetrán-Antioquia, \$3.000 para la de Rionegro-Marinilla-Peñol y \$2.000 para la de Abejorral-Sonsón.

Guerra de 1876 con escopetas, machetes y telégrafo

En 1876, durante la vigencia de la Constitución de Rionegro que favorecía la autonomía de los Estados y la creación de poderosos ejércitos regionales, una guerra civil de nuevo malogró la tranquilidad nacional. Un sector de la oligarquía conservadora caucana que pretendía recuperar el poder económico y político, *llamó a la guerra* esgrimiendo de nuevo el problema religioso. El grito bélico hizo eco en todos los rincones del país donde el entusiasmo aprobó el llamado de lucha, en unos a favor de las huestes del gobierno y en otros, en cambio, en defensa de la revolución. Se formaron batallones, se abandonaron ciudades y hogares para ir a improvisar núcleos de operaciones; ponerse en pie y “aprestarse para el combate y entrar en él a cuantos formaban en el uno y el otro de los dos tradicionales bandos contendores”.⁹ Esta vez se trataba de neutralizar la educación laica proclamada por los liberales radicales del Estado central presidido por el santandereano Aquileo Parra. A su lucha se unieron los Estados de Antioquia y Tolima, también dominados por conservadores, cuyos dirigentes argumentaban que las gentes católicas no deberían asistir a las escuelas del Estado, sitios donde se promulgaba un “ateísmo liberal” avalado por los protestantes alemanes y en contravía de la moral, las instituciones y las buenas costumbres. Los curas, desde el púlpito, azuzaban a la población en contra de los liberales, equipaban a los guerrilleros azules, denominados *Mochuelos*, con un escapulario del Corazón de Jesús, una banda con la divisa: *Dios, Patria y Libertad* y un sombrero azul y blanco que les sirvió de distintivo en su campaña. El Estado de la Unión, con más de 9.000 hombres en su ejército, y que más tarde llegó a 30.000, se declaró en guerra en julio del 76: “el Gobierno Nacional por decreto del día 16, declaró perturbado el orden público, fundado en los acontecimientos de Antioquia, Cauca y Tolima”.¹⁰ La confrontación fue larga y sangrienta, nada proporcional con los triunfos efímeros y las esperanzas frustradas de los azules.

En época de guerra, a esta red se le asignó otra utilidad, más pragmática, más inmediata, menos altruista: transmitir partes de batallas, infundir ánimos, promulgar consignas y, muy especialmente, solicitar con urgencia armas, uniformes y provisiones de guerra.

En la llamada *guerra de las escuelas*, los ejércitos se movilizaron a lo largo de la geografía, aprovechándose de ríos, puertos, ciudades, distritos, aldeas... y corredores de telégrafos. En la guerra de 1876, se utiliza por vez primera el telégrafo para agilizar las comunicaciones de los bandos enfrentados.

Comunicar para la guerra

En la guerra, el telégrafo se convirtió en arma simbólica. A través de sus hilos, de forma ágil, si se le compara con sistemas anteriores, los mensajes llegaban al destinatario desafiando el tiempo y las barreras geográficas. En las guerras anteriores quien informaba era el agente de correos, encargado de mantener al tanto a los gobiernos sobre el desarrollo de los enfrentamientos. En la del 76, era una obligación de los ejércitos dar cuenta día por día de todo lo que ocurriese en el terreno del conflicto. Ya el sistema de telégrafos había adquirido una importancia vital para cada uno de los Estados, gracias al apoyo financiero del gobierno nacional, y a la inversión de recursos regionales y locales en la instalación, conexión y extensión de redes. Se argumentaba la “necesidad de llevar a toda la población importante los beneficios de aquel célebre descubrimiento, símbolo de progreso, confraternidad, civilización y engrandecimiento de los pueblos”.¹¹ En época de guerra, a esta red se le asignó otra utilidad, más pragmática, más inmediata, menos altruista: transmitir partes de batallas, infundir ánimos, promulgar consignas y, muy especialmente, solicitar con urgencia armas, uniformes y provisiones de guerra. La guerra pasaba a través de los hilos del telégrafo, y en los telegramas cada frase adquirió un sentido en el contexto de las rivalidades y la sed de victoria de liberales y conservadores.

La ventaja primordial del telégrafo era la posibilidad de *comunicar con inmediatez*, y en la guerra el tiempo era un factor relevante. “A cualquiera costa y con la mayor seguridad y rapidez posible, trasmita al Presidente del Cauca el siguiente despacho”; “estamos aquí respecto a noticias en el limbo, ojalá me dijera lo que pueda saberse de lo que pasa”, eran las frases de los comandantes del ejército conservador dirigidas al Secretario de Gobierno de Antioquia.

Desacuerdos y opiniones encontradas respecto al desempeño de algunos militares en la guerra,

también se ventilaban a través del telégrafo: “No creemos a Jesús Giraldo con los conocimientos suficientes para instructor de la Cuarta División Giraldo”, transmitía Obdulio Duque desde Marinilla el 20 de agosto de 1876. Así mismo, la advertencia sobre las filiaciones partidistas de algunos municipios se dejaba en claro para evitar errores. Transmitía un comandante liberal el 18 de agosto del 76: El Retiro, Santa Bárbara y Rionegro no deben tocarse para nada dada su condición de mayoría liberal.

Por telégrafo se fomentó un contacto permanente de las tropas con el gobierno central, a quien se le transmitían novedades y se mantenía al “enemigo” bajo control: “nada de nuevo ha ocurrido en el Cauca, las fuerzas del señor Arboleda permanecen en Roldadillo, y del enemigo nada nuevo se sabe, lo mismo que del sur del Estado”; “llegué a este lugar a las dos y media, sin novedad en la División seguiré mañana a las cinco”; “vamos bien. La fuerza acampará esta noche en Piedras. ¿Hay algo nuevo?”; “noches malísimas (lluvias) por falta de toldos... la opinión de este pueblo no puede estar mejor”; “son las diez y media y acaba de pasar la fuerza con dirección a Pácora”; “nada nuevo ha ocurrido después de mi último telegrama”; “mañana temprano marchamos”; “acabo de llegar de mi campamento a esta ciudad para tener el gusto de conferenciar con ud por el telégrafo a la hora que se sirva usted indicar”, transmite Antonio Cuervo al presidente de Antioquia, señor Recaredo de Villa, en un telegrama firmado por “el auténtico” Pedro Hoyos.¹²

Pedir para no desfallecer

El telégrafo en tiempos de guerra fue el instrumento más conveniente para hacer peticiones apremiantes. Con el afán de sobrevivir y salir victoriosos, estos ejércitos levantados contra el gobierno radical, solicitaban provisiones, comida y dinero: “debe mandar diez mil fulminantes, unos toldos de campaña, 400 vestidos por ahora. Más cornetas y quien las toque. Diez fusibles de aguja y cien comunes”,¹³ escribe el comandante de plaza de Santa Rosa al Secretario de Gobierno de Medellín. “En la sucursal del banco de esta ciudad se está agotando el dinero para subsistencia del ejército. Lo aviso a usted para los fines ulteriores”; “se necesita bastante ganado para la subsistencia del ejército que marcha para el Quindío”; “tengo cerca de 100 hombres listos, dígnese remitirme cien armas buenas”; “mándeme piedras para fusiles para estar listos para cualquier conflicto”; “ojalá que sea mañana la remisión de dichos objetos”.

Como la muerte y el dolor no daban espera, se aprovechó el telégrafo para solicitar el auxilio de médicos y el aprovisionamiento de botiquines:

“Necesitamos con urgencia un médico cirujano, y esperamos que...parta sin demora, señalando al hacer el nombramiento *uno que sea muy conservador*. Esto es urgente”,¹⁴ “convendría que se enviase un médico a Nare a que cuidase de los numerosos enfermos que resultan en las fuerzas”.

¡Deme órdenes!

Las jerarquías en el ejército se manifiestan al momento de tomar decisiones. Desde lejanas poblaciones, los comandantes hacían sus despachos telegráficos dirigidos a los “altos mandos” encargados de dar la orden definitiva para actuar y proceder: “es necesario para las operaciones militares que venga inmediatamente, a marchas forzadas, el Coronel...suplico...que se digne contestarme ahora mismo sobre el particular para saber cómo dispongo de las fuerzas antes de mi partida para el Cauca”;¹⁵ “a los enemigos o desafectos a la causa del Estado, que puedan de alguna manera hostilizar, se les puede exigir una fianza o qué debe hacerse con ellos?”; “como no hay correo nacional de esta ciudad para esa capital ¿qué debe hacerse con la correspondencia?, se hace un correo especial por cuenta del Estado o se hace el servicio postas?”; “marchamos con la División Giraldo, regresamos a esa capital o permanecemos aquí?”; “en El Retiro 24 soldados y un oficial están enfermos, ¿cómo se les puede prestar auxilio?”.

Las respuestas eran inmediatas cuando no había saboteos y destrucciones de postes y cables. Por esa época, el Secretario de Gobierno de Antioquia era Baltasar Botero, quien mantenía una comunicación permanente con el ejército conservador disperso en municipios y montañas. Era un atento espectador de la guerra y la presenciaba nervioso a través del telégrafo. El 1 de septiembre del 76 escribe al Prefecto del sur de Manizales: “Qué fuerza tiene el enemigo?, se le juntó la que venía de la Buenaventura?, con cuántas armas cuenta?, tiene mucha caballería?, tiene artillería? Las fuerzas reaccionarias del Sur del Cauca habían combatido con las de Don Sergio algún movimiento de ataque?, ¿habían impedido el paso los enemigos que deben venir de Buenaventura?, ¿con cuanta gente contamos?, ¿qué hay de los revoltosos?, ¿qué piensa ud, triunfamos?”.¹⁶ De las respuestas deduciría una posible victoria o una trágica derrota. Por el telégrafo se prevenía de personas sospechosas y de posibles ataques del bando “enemigo”: “Va Roberto B. White para Río Dulce. Es liberal ábrale el ojo. Puede mandar postas”; “no es cierto que en Remedios y Antioquia se haya dado el grito de rebelión. Ojo a Nare”; “es muy probable que en nuestros campamentos de Otún haya muy pronto un ataque del enemigo caucano”.

El telegrafista: gran aliado

Varias tesis apuntan a que la telegrafía en Colombia fue un instrumento de control social materializado a través de una figura particular: el telegrafista, el encargado de la transmisión y recepción de los telegramas que cursan por una oficina telegráfica. “De su circunspección, reserva y actividad depende, en gran parte, la buena marcha de la administración pública, el éxito de los negocios particulares y la conservación del orden público... por tanto, está obligado a no divulgar el contenido de los telegramas, a no mezclarse en asuntos políticos que lo distraerían de sus delicadas tareas y le alejarían la confianza y estimación de una parte de la sociedad; a servir con fidelidad al gobierno de quien es agente; a usar de maneras cultas con el público y con sus corresponsales por la línea; y finalmente a hacerse merecedor al distinguido puesto que ocupa por su cultura, honradez y buenas costumbres”.¹⁷ El auténtico, el telegrafista, el agente, eran los apelativos de este funcionario.

Desempeñarse como telegrafista en la época era poseer uno de los más delicados pero, a la vez, uno de los más prestigiosos cargos públicos, puesto que se convertía en el “dueño del mensaje” y en el portador de los mecanismos para inventar, omitir y agregar según la conveniencia, todo dentro del dilema latente de la verdad y la mentira. Por las manos del telegrafista pasaban traducidas las cuestiones del Estado, los asuntos del comercio, la noticia palpitante, los éxitos y los reveses, el amor y el odio, la comedia y la tragedia de la vida bajo el ropaje de felicitaciones o pésames. Por ello, ese arte maravilloso de transmitir el pensamiento a largas distancias; ese medio de comunicación que elimina las distancias; ese agente auxiliar poderoso e indispensable para el progreso de los pueblos, sirvió para todo, hasta para la guerra. El orden público encontró en él un medio de defensa.¹⁸

Ser telegrafista en tiempos de guerra era ejercer un oficio muy delicado y comprometedor; la actuación de estos funcionarios podía definir el rumbo del enfrentamiento, y los gobiernos lo sabían. En el artículo 3 de la ley 56 de 1874 se reglamenta: “En los casos de guerra exterior o conmoción interior, los agentes de las empresas telegráficas funcionarán bajo la vigilancia de las autoridades políticas; y éstas se arreglarán, llegado el caso, a las prevenciones que dicte el poder ejecutivo,

conforme a los preceptos del derecho común de las naciones”.¹⁹ Debía supervisarse al “dueño” de la información privada y pública, al que convertía las palabras en una serie de puntos y rayas, al que traducía las señales que viajaban por los alambres en frases con sentido. Los telegrafistas llegaron a asimilarse a militares en servicio que recibían el sueldo asignado por la caja de guerra, medida que, según la ley, atendía al recargo de trabajo

para ellos en la época de guerra y a la importancia de sus servicios prestados en coyunturas donde el Gobierno prescindía del servicio postal, y el éxito de las operaciones dependía, en gran medida, de la reserva y celeridad con que se transmitieran las noticias y las órdenes. Devengaban los jefes de las oficinas telegráficas el sueldo de Coronel; los ayudantes, el de los sargentos mayores, y la ración de soldados, los carteros.

Varias quejas sobre el desempeño sospechoso de algún telegrafista fueron enviadas. Marceliano Vélez, comandante conservador, advierte desde Manizales al Presidente del Estado de Antioquia en octubre de 1876, de los perjuicios ocasionados por las noticias falsas:

“En cartas del Tolima se dice que un empleado de este Estado, con increíble perfidia está dirigiendo avisos en contra nuestra al administrador de correos y el telegrafista de Honda. Os pongo este hecho en vuestro conocimiento, para que se dirija acertadamente la averiguación y se subsane esta dificultad: juzgo que el empleado a que se refiere esta nota es telegrafista”.²⁰

Los mensajes eran interceptados, robados o tergiversados, y en muchos casos se retransmitían para ser analizados por el enemigo, con la ayuda decidida del telegrafista tan liberal o tan conservador como cualquier paisano.

Guerra de cables

Las líneas telegráficas fueron el blanco permanente de los conservadores, quienes cortaban, y la mayoría de las veces, robaban el cable, sobre todo porque la mayoría de las redes eran controladas por agentes liberales. De inmediato, los Estados trataban de restablecer la comunicación, disposición que la mayoría de las veces encontraba todas las dificultades: “se ha dicho con algún fundamento que el telégrafo de Ibagué a Cartago está restablecido. Si esto es así la ventaja que nos lleva el enemigo es incalculable, y convendría averiguar la verdad del hecho, y mandar si hay

Desempeñarse como telegrafista en la época era poseer uno de los más delicados pero, a la vez, uno de los más prestigiosos cargos públicos, puesto que se convertía en el “dueño del mensaje” y en el portador de los mecanismos para inventar, omitir y agregar según la conveniencia

probabilidades de que sea cierto, unos dos o tres hombres guapos y resueltos á interceptar la comunicación telegráfica entre Ibagué y Cartago. Sírvase informar lo que sepa sobre el particular. El Secretario de E. en D de Gobierno. Baltasar Botero Uribe".²²

La Secretaría de Guerra y Gobierno se encargada de dar los reportes permanentes sobre el estado de las líneas telegráficas, al decir: "buen estado" o "interrumpida". Flavio Pinzón, Director General de Telégrafos, se quejaba en 1877 de la destrucción de cable, oficinas, aparatos y registros por parte de los combatientes.²³

Después de sucesivas batallas y enfrentamientos entre los Mochuelos y el Ejército central en inmediaciones de Manizales, la revolución conservadora fue derrotada finalmente en abril de 1877. Triunfó el gobierno liberal radical, luego de un convenio privado especial pactado entre un representante del poder ejecutivo y uno del mermado ejército revolucionario. El buen uso del telégrafo al igual que "la organización militar del gobierno de la Unión, su fuerte asociación con los ejércitos del Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Santander y Panamá, el control del Río Magdalena, un mejor armamento... le dio ventajas comparativas a los liberales frente a los ejércitos conservadores de Antioquia y Tolima".²⁴ El telégrafo se supo utilizar con la malicia propia de los estrategas militares, y le adicionó un componente de *modernidad* a la lucha armada.

En clave morse se comunicó la guerra y los despachos telegráficos quedaron como una importante fuente escrita de interpretación a partir de la cual se puede reconstruir la historia de las telecomunicaciones en Colombia y su influencia en la configuración de las sociedades, porque está visto que técnica y cultura son indisolubles; técnica para una cultura de paz y para una cultura de guerra.

No obstante, el sistema telegráfico se siguió utilizando hasta bien entrado el siglo XX cuando el desarrollo tecnológico adquirió ritmos insospechados, eran otras las exigencias para el genio humano; su cerebro comenzó a idearse otros modos de telecomunicación, con más velocidad, más eficiencia y sin cubrir tantos gastos y trabajos dispendiosos. Un nuevo siglo, un nuevo medio, que no borraría la esencia de aquel que durante la segunda mitad del siglo XX, unió pueblos, sirvió para la paz, se utilizó para la guerra, facilitó

matrimonios y negocios, transmitió noticias fueran buenas o fueran malas... un medio que, según Marshall MacLuhan inauguraría su famosa "Era electrónica", aquella de donde surgiría la hoy manida "Aldea global". ■

Notas

¹ REVISTA POSTAL Y TELEGRÁFICA. Bogotá. Año XV, (62), enero de 1928. Págs. 80-81.

² Cabe anotar que en el Estado soberano de Panamá ya contaban con una línea de 17 leguas en 1864.

³ *Diario Oficial*. Bogotá, viernes 3 de noviembre de 1865. No. 474 Año 2, página 1856.

⁴ *Diario Oficial*, miércoles 15 de noviembre de 1865.

⁵ PALACIOS, Marco; SAFFOR, Frank. *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Norma. Bogotá.

⁶ Decreto No. 50. Reformatorio del 9 de enero de 1878 No. 21. "Sobre organización del ramo telegráfico i fundación de una escuela". Medellín. Imprenta del Estado. Jorge Delgado, secretario de fomento.

⁷ "Informe del Interventor Oficial del Ferrocarril y el Telégrafo de Bolívar (1873) al señor Secretario de Hacienda y Fomento de La Unión". En: Fondo patrimonial de la Biblioteca de la Universidad de Antioquia. Pág. 11-15.

⁸ En: *Diario Oficial*. Bogotá, viernes 1 de septiembre de 1865.

⁹ DE NARVEZ, Enrique. *Los Mochuelos*. Minerva. Bogotá: 1936. 154.

¹⁰ Mensaje enviado desde Manizales el 21 de agosto de 1876. Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4980. Folio 52.

¹¹ Boletín Oficial. Bogotá, 9 de julio de 1875. Pág. 553.

¹² *Ibid.* Folio 125v.

¹³ Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4979. Folio 3.

¹⁴ *Ibid.* Folio 109v.

¹⁵ Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4980. Folio 28v.

¹⁶ Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4982. Folio 79v.

¹⁷ MONTOYA, Marco Antonio. *Manual de telegrafía para los telegrafistas de la república*. Director de los teléfonos de Medellín y profesor de telegrafía en la Escuela Normal de Institutoras. Imprenta del Departamento. 1897. Pág. 10.

¹⁸ SAMPER, Miguel. *Escritos político económicos*. Vol. I. Cromos. Bogotá: 1925. Página 153.

¹⁹ *Boletín Oficial*. Bogotá, 8 de marzo de 1875. Pág. 212. [El subrayado es mío].

²⁰ Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4979. Folio 5. [El subrayado es mío].

²¹ Archivo Histórico de Antioquia. Fondo República. Tomo 4983. Folio 608v

²² *Op. Cit.* BERTHOLD 3-4.

²³ ORTIZ MESA, Luis Javier. *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Memorias de la II Cátedra Anual de Historia "Ernesto Restrepo Tirado". Museo Nacional de Colombia. Bogotá: 1998. Pág. 113.